

on matriffe la soundement solleupa, decert, semestic.

La prisión

ALDESPINO era hombre de una actividad diabólica, y de unas pasiones terribles: insaciable en su sed de oro y de mujeres, todos los medios le parecían lícitos, si con ellos conseguía su objeto, y no había resorte que no moviese para aumentar su capital, ó poseer de grado ó por fuerza una mujer, por la cual hubiera concebido un capricho.

Y un amor y un deseo ó una pasión, no le embargaban por completo: perseguía á la vez dos ó tres mujeres, y por cada una de ellas hubiera cometido mil crímenes, hubiera vendido su alma al diablo, si hubiera creído en el diablo; pero don Celso no creía ni en el diablo, ni en Dios, ni en nada; en nada más que en sus brutales apetitos. Luego que vió á Alejandra sintió renacer su apagada llama, sintió exaltados sus deseos; y la suerte parecía ayudarle de nuevo, cuando de nuevo le presentaba á su víctima.

Inmediatamente que vió el coche en que conducían á Margarita y á su hija dirigirse para la Diputación, emprendió el camino para la casa de Márquez.

Márquez era en aquellos momentos el árbitro de los destinos de México. Derrotado vergonzosamente por las fuerzas de Porfirio Díaz en San Lorenzo, había entrado á la capital cobardemente, y no soñaba más que en obtener la garantía de la vida; pero perdonar á Márquez habría sido más difícil para el partido republicano que jurar obediencia al archiduque sitiado en Querétaro.

Márquez en México es la encarnación de todo lo infame, de todo lo repugnante. Su carrera está marcada con sangre, sus mismos correligionarios le detestan, porque además de que le miran como un monstruo, tienen la convicción de que traicionó á Maximiliano y le abrió la tumba.

Y sin embargo, este hombre tan lleno de crímenes, era el lugarteniente del archiduque. Siempre temblando, siempre soñando en asechanzas, en conspiraciones, en asesinatos, en envenenamientos, Márquez era el tirano cobarde y sangriento de que hablan todos los filósofos y que pintan con tan negros colores todos los poetas.

Don Celso necesitaba poco para entenderse con este hombre: se presentó á él, se hizo conocer por sus importantes servicios en la policía, y obtuvo una orden amplísima para hacer de las dos pobres mujeres cuanto le pareciese.

En aquellos momentos, el ejército republicano de Oriente se presentaba amagando la plaza, y Márquez, animado por sus principales correligionarios, y con la firme persuasión de que no alcanzaría misericordia, se resolvía á defenderse á todo trance.

La ciudad tomó el aspecto de un campamento; se suspendieron las diversiones, se prohibieron las reuniones del pueblo y México cayó bajo el dominio del sable.

Don Celso llegó á la Diputación, y comenzó por un escrupuloso registro en los baúles de Alejandra y de Margarita: algunas cartas y algunos papeles de Jorge y de Murillo fueron para él un precioso hallazgo: eran un arma terrible en sus manos, y de la que haría uso si la necesitaba.

Entonces mandó que condujeran á su presencia á la de más edad de aquellas mujeres.

Margarita se separó llorando de su hija, y se presentó temblando ante don Celso. Se referían tantas cosas terribles de la policía imperial, que un hombre se habría acobardado en aquella situación.

Valdespino cerró las puertas y quedó solo con Margarita.

- Vamos, la dijo, es preciso que hable usted con sinceridad, porque de lo contrario, puede costarle caro: ¿cómo se llama usted?
 - Margarita. and sense and sense and set set and
 - ¿De dónde es usted?
 - De Acapulco, señor.
- Y esa otra mujer que la acompaña, ¿quién es? ¿cómo se llama? ¿á qué vienen ustedes á México?

Margarita creyó salvarse confesándolo todo.

- Señor, esa muchacha es hija mía, se llama Alejandra; pero hace mucho tiempo que estábamos separadas; hace poco nos hemos encontrado y reconocido, y venimos á México buscando á mi marido, al padre de mi hija, á quien hace muchos años que no hemos visto.
- ¡Hola, hola! dijo entre sí don Celso; ¡conque ésta, según parece, es la mujer y la otra la hija de Caralmuro! ¡Vaya una casualidad! Aquella que yo había escogido en la costa para hacerla pasar por hija de don Juan, resulta que es su hija verdadera. ¿Y Leonor? No, no me conviene que éstas encuentren lo que buscan, porque entonces don Juan conocería que yo le había engañado, y ¿quién sabe adónde iríamos á parar? Por otra parte, la muchacha me gusta, y debo salirme con la mía; sería la primera que se me escapaba teniéndola tan segura. ¡Y que me gusta, vaya! Ya Caralmuro tiene una hija; que se conforme con ella, y yo me guardaré ésta, veremos.

Y luego dijo en voz alta:

- ¿Usted sabe cómo se llama su marido?
- Sí señor, don Juan de Caralmuro.
- Malo, pensó don Celso.
- ¿Y don Juan sabe que ustedes le buscan?
- No, señor, porque ha reconocido á otra joven por hija suya; y aunque le hemos escrito, no hemos tenido razón alguna.
- Bueno, dijo entre sí Valdespino. Pues, señora, todos esos son enredos que usted ha fraguado para burlar á la policía; porque en sus baúles se han encontrado cartas y papeles de los bandidos, y pronto caerá sobre usted el castigo de la ley.
- ¡Señor, por Dios, le juro á usted que todo es verdad!
 - —¡Qué verdad!...; á ver el alcaide!

El alcaide se presentó.

- Esta mujer queda aquí, señor alcaide, incomunicada, mientras examino á su cómplice.
 - Muy bien, señor.

Don Celso salió, y Margarita quedó temblando.

Alejandra estaba en un separo: era un cuarto pequeño, con una ventana alta, custodiada por fuertes rejas; no había más mueble que un petate en un rincón, en donde la muchacha estaba sentada llorando; se respiraba allí una atmósfera pesada y corrompida.

Don Celso entró, cerrando tras sí la puerta con llave: Alejandra alzó la cara, y al principio no le reconoció.

CALVARIO Y TABOR

- Alejandra, ¿me conoces?
- ¡Jesús! ¡Dios mío! ¡el padre Bernal!
- Sí, Alejandra, el padre Bernal; pero no es ese mi nombre, ni yo soy sacerdote: yo adopté ese disfraz para poder verte, para seguir libremente tus pasos, porque estoy enamorado de ti, desde el día que te conocí.
- Pero usted ha sido muy malo conmigo; usted me ha querido robar, usted ha hecho matar á mi padre.
- Perdóname, Alejandra; el amor, la pasión que me inspirabas, me hacían capaz de todo; pero tú conocerás por esto cuánto te adoro, y de todo lo que soy capaz por ti; además, ni don Plácido ha muerto, ni era tu padre; tú lo sabes...
- Sí, pero le he visto como á mi verdadero padre, porque á él debo la educación...
- No hablemos de eso; ya sabes que vive: hablemos de mi amor, de esta pasión que por ti me ciega: mira tu situación, mira el peligro que corre Margarita...
 - ¿Que corre peligro mi madre?...
- Sí, Alejandra: está denunciada como espía del enemigo: dicen que viene ahora en comisión de los bandidos: ¿tú sabes lo que puede sucederle con esos papeles encontrados en su baúl, hoy que las cosas están tan delicadas?
 - −¿Qué?

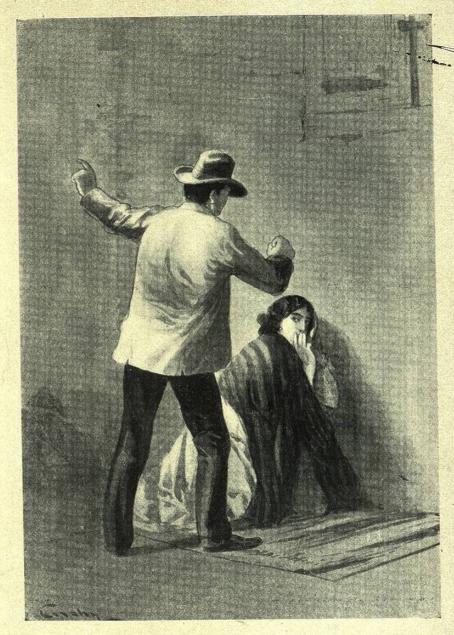
- Perder la vida.
- ¡Dios mío, perder la vida!
- Nada menos: ¿has oído tú hablar del jefe que manda la plaza? ¿has oído mentar al general Márquez?
 - Sí, sí; sé que es terrible.
 - Y la mandará fusilar.
- ¡Fusilar, fusilar, á mi madre! ¡qué! ¿también se fusilan aquí mujeres? decía Alejandra con desesperación.
 - También: cuando dan motivo ¿por qué no?
 - ¿ Qué haré, Dios mío? ¿ qué haré?
 - ¿Quieres salvarla?
 - Sí, daría mi vida por la suya.
- No es necesario tanto; puedes salvarla con sola una palabra: ¿quieres ser mía? Dí que sí: sé mía, y tu madre se salvará.
 - -; A ese precio nunca!
- ¡Nunca! ¿es decir que por un capricho de mujer dejarás asesinar á Margarita? Oyeme, y piénsalo bien: no te pido que seas mía para toda tu vida. Por una hora de tu amor, aquí mismo, sin que nadie, ni la misma Margarita lo llegue á saber, te prometo tu libertad y la suya; te prometo más, Alejandra: te volveré á tu padre rica y feliz; te reconocerá, y vivirás contenta á su lado.
 - -; Nunca, nunca!
- Reflexiónalo, mujer: si tú te niegas, mañana en la noche una patrulla vendrá por Margarita, y en medio de

la noche la conducirán á los fosos de la Ciudadela, y allí recibirá cinco balazos; y tú la verás á toda hora, y despierta, y durmiendo, desnuda, ensangrentada, pidiéndote cuenta de su vida: ella hubiera dado por ti su vida, y tú la envías al suplicio por un capricho, por no quererme dar á mí, que tanto te amo, una hora sólo de tu amor.

- ¡Piedad, don Celso, piedad! ¡Mi honra ó la vida de mi madre! ¡Esto es más que infernal!
- Decídete, ó voy á entregar á Margarita en manos del general Márquez.
- —¡Siquiera déjeme usted pensar, por Dios, déme usted tiempo!
- Bien: para que veas que soy generoso, mañana vuelvo á la misma hora, y te daré tu libertad y la de Margarita, y te devolveré á tu padre; pero ¡ay de ti si te resistes! Margarita morirá, y tú ni conocerás á tu padre, ni saldrás jamás de la prisión.

Don Celso salió sin esperar contestación, cerrando la puerta del separo.

- Estas dos mujeres separadas é incomunicadas, porque son de riesgo. De mi casa vendrá la comida para ambas, dijo al alcaide.
- Siempre produce buen efecto este medio, decía don Celso caminando para su casa: este arbitrio, sobre poco más ó menos, me entregó á Matilde, y que era más difícil que la costeña; tan seguro como llamarme yo Celso Val-



— Decídete ó voy á entregar á Margarita en manos del general Márquez.

despino, que mañana la misma Alejandra me ruega, con todo lo que va á cavilar esta noche. Mañana Alejandra, y pasado mañana, ó un poco más tarde, Inesita; ésta sí que está renuente; pero ya caerá.

Don Celso entró en su casa: era la víspera del día en que Inés le declaró que se casaba con Pablo.

